La escritura: una metáfora del exilio

Viene de la **página 11**

como conciencia pública en un país aplastado por el sistema de represión totalitaria que lo escarnece.

La fragmentación de la cultura paraguaya, el desequilibrio de las fuerzas productivas, ese miedo cerval que ha tomado las funciones de la conciencia a un tiempo pública y secreta, individual y colectiva, han afectado profundamente las potencias creativas de una sociedad que vive como en castigo a orillas de uno de los más hermosos ríos de la tierra, ese río que dio su nombre mítico al país: Paragua'y, *agua-empenachada* o *río-de-las-coronas*.

La brutalidad y el terror han cegado esas fuentes que nutren las obras de los escritores y artistas y que proyectan la originalidad de un pueblo. Es obvio que ello sólo puede acontecer cuando tales obras se producen sobre el foco de la energía social de la colectividad con la esencia de su vida, de su realidad, de su historia, de sus mitos culturales, sociales y nacionales que fecundan la subjetividad creativa de los poetas, novelistas y artistas. Su mayor enajenación es vivir desgarrados entre la realidad que debiera ser y la realidad tal cual es: entre la plenitud de vida que le ha sido escamoteada y la monstruosidad de vida vegetativa que le han impuesto causas extrañas a su naturaleza histórica y social.

El escritor no puede comportarse como un etnólogo. La pasividad, el distanciamiento, no son su fuerte. Los escritores, narradores y poetas paraguayos pertenecen a una cultura cuya estructura interna continúa siendo oral, reacia a los signos de la escritura *culta*, signo de la artificialidad y de la dominación. La imaginación queda así prisionera de esta doble alienación: la del lenguaje, en la expresión de una realidad que lo desborda; de una realidad que es sonido polifónico, de una realidad que sólo se manifiesta a través de la oralidad, de las inflexiones y modulaciones de la expresión verbal. Y ya sabemos que una obra literaria vale no por sus buenas intenciones, sino por las significaciones de su estructura interna, por la fuerza instintiva que emana de ella; por la mediación de "un arte que es por cierto conciencia, pero en busca de una forma no consciente de sí"; que no es ideología, pero que no puede escapar de la ideología.

En el recuento de las formas de exilio del escritor paraguayo (exilio exterior, interior, despojamiento de la vida no vivida, enajenación de la obra no realizada aún, segregación de su realidad, incomunicación de su público nacional de los arrojados a la diáspora, incomunicación con éstos de los que padecen relegamiento interno), el exilio lingüístico es su paradigma, la verdadera metáfora de la realidad transformada en irrealidad.

El problema de la polaridad bilingüe castellano-guaraní acaso sea el signo de esta especie de esquizofrenia lingüística. ¿En cuál de los dos idiomas ha de escribir el escritor paraguayo? Si la literatura es fundamentalmente un hecho de lengua y, por tanto, de comunicación, la elección debería o parecería ser forzosa: el castellano o español. Pero al escribir en castellano, el escritor, y especialmente el autor de ficciones, siente que está sufriendo su alienación más íntima, la del exilio lingüístico. ¿Hasta qué límites puede llevar este alejamiento de la porción de la realidad y de vida colectiva que se expresa en guaraní, de la cultura paraguaya marcada indeleblemente por el signo de la oralidad, del pensamiento mítico originario? En el momento de escribir en castellano siente que está realizando una parcial traducción del escindido contexto lingüístico. Al hacerlo, se escinde él mismo. Le quedará siempre algo sin expresar. Esto lleva al escritor paraguayo a la necesidad de *hacer* una literatura que no quede en literatura; de hablar contra la palabra, de escribir contra la escritura, de inventar historias que sean la transgresión de la historia oficial, de minar con la escritura subversiva, desmitificadora, el lenguaje cargado con la ideología de la dominación. En este sentido, las nuevas generaciones de narradores y poetas se hallan empeñados en la faena de adelantar esta *literatura sin pasado* que viene de un pasado sin literatura, de expresarla en su propio lenguaje.

La cosmogonía guaraní concebía el lenguaje humano como fundamento del cosmos y la prístina naturaleza del hombre. Núcleo de este mito de origen es el esotérico e intraducible *ayvú rapytá* o *ñe'eng mbyte râ* como médula de la palabra-alma: el *ayvú* del comienzo de los tiempos. Ruido o sonido impregnado de la sabiduría de la naturaleza y del cosmos engendrándose a través del austero y melodioso Padre del comienzo y del final; suscitador de la palabra fundadora. Palabra secreta que nunca es pronunciada ante extraños, y la que con *tataendy (llama-del-fuego-sagrado)* y *tatachiná (neblina-del-poder-creador)* conforman los tres elementos primordiales de la cosmogonía de los antiguos guaraníes. Sus divinidades primigenias no fulminaron las leyes del castigo contra el que aspiraba a la sabiduría. Concertaron la comunión entre el saber y el hacer, entre la unidad y la pluralidad, entre la vida y la muerte. Todo hombre era Dios en el camino de la purificación, y el Dios —o los muchos dioses de aquella teogonía— era el primer hombre y también el último. No impusieron el exilio, sino la peregrinación de la *persona-muchedumbre* hacia la *tierra-sin-mal* que cada uno llevaba dentro y entre todos.

En la sociedad paraguaya del presente, desequilibrada por el poder opresor, también la voz ancestral ha sido confiscada: ese lenguaje último en el que un pueblo amenazado y perseguido se refugia. Lenguaje sin escritura que encerró en otro tiempo la médula de la palabra-alma —semilla de lo humano y lo sagrado—, trata de encontrar ahora su espacio de palabra, la irradiación de la realidad a través de la irrealidad de los signos.

Los escritores paraguayos contemporáneos tienen conciencia de hallarse en un punto extremo de la sucesión histórica. Esto los hace anormalmente conscientes de los problemas de su sociedad, pero también de su trabajo artístico. Para estos escritores sometidos al exilio interno, como para los que han sido forzados a la diáspora, el trabajo literario vuelve a significar imperativamente la necesidad de encarnar un destino, de reinsertarse en la realidad vital de una colectividad, la suya propia, para nutrirse de sus esencias y aspiraciones más profundas y abarcar desde allí la universalidad del hombre.

Estos narradores comprenden que tales logros, por su propia naturaleza, sólo pueden realizarse en el plano estético, en el plano de la palabra y de la escritura, en la concepción misma del arte de narrar, que no es solamente, como se suele pensar, el arte de describir la realidad en palabras, sino el arte de hacer que la palabra misma sea real.

Este empeño tiende a penetrar lo más hondamente posible bajo la piel del destino humano; a lograr, en suma, una imagen del individuo y de la sociedad la más completa posible y la más comprometida con la experiencia vital y espiritual del hombre de nuestro tiempo. Es aquí donde, aliando la subjetividad personal con la conciencia histórica y social, la imaginación creativa con la pasión moral, los escritores paraguayos pueden superar su dramática situación de incomunicación y aislamiento para incorporarse en plenitud al conjunto de la literatura de habla hispana.

Cartas al director

Viene de la **página 11**

5. Desdramaticemos la política y a los políticos, si bien es cierto que nos jugamos la cosa pública... *Dios è moi bo, e demo non è malo.*— **Enrique Berbel.** La Coruña.

La invitación de Ángeles Caso

Me muero de envidia, y como yo imagino se estarán muriendo unos cuantos anónimos espectadores de *Telediario 2*, al contemplar en letra impresa la invitación que mi paisana Ángeles Caso le hace en EL PAIS del día 26 de junio. Y esa envidia adquiere caracteres insufribles cuando leo: "O si lo prefieres, nos encontramos en alguna de esas acogedoras terrazas de verano, tomamos una copa y charlamos de lo divino y de lo humano".

Ser director de periódico tiene, indudablemente, muchas ventajas, y hasta hoy, para mí, la mayor de ellas era el poder escribir cobrando y sin tener que rogar que te lo publiquen encima de hacerlo gratis. A partir de ahora tendré que añadir el que una chica tan hermosa como es Ángeles Caso le haga una invitación que imagino no hará a cualquiera, y mucho menos a mí, que ni soy periodista ni tengo máquina de escribir, y el bigote que tengo no es tan hermoso como el que ella tanto admira de Manuel Campo.

No me cabe la menor duda de que usted preferirá la opción de la terraza a la de la Redacción, y mis únicas dudas se centran en si las copas serán de coñá o de anís dulce. En cuanto a la charla sobre lo divino y lo humano, si admite mi consejo, para el cual no es necesario ni saber escribir sin faltas de ortografía, yo no dudaría ni un momento en inclinarme por lo humano.

Es una pena que Concha García Campoy se haya limitado a protestar el, para ella, no para mí, injusto editorial y no le cursara otra invitación como la anterior. Pero es posible que Concha prefiera dedicar el poco tiempo libre que le queda después de ese tremendo trabajo de redacción a intentar aprender a vocalizar como es debido y equivocarse un poquito menos en cada *Telediario*. Por tanto, debe usted disculparla y consolarse pensando que su sacrificio redunda en beneficio de todos aquellos que tenemos la dicha de oírla hablar.— **Marcelino Suárez.** Madrid.

La cultura popular

Un grupo de alumnos me ha entregado, como trabajo fin de curso, una descripción analítica en torno a los disturbios ocurridos en Soria en 1953, a raíz del intento, por parte del Gobierno Civil, de prohibir sus celebraciones taurinas populares. Su lectura coincidió con la de un artículo de Gómez Mardones sobre las fiestas cruentas en la Península Ibérica, en el que oportunamente se recuerdan las restricciones de que fueron objeto durante la etapa franquista, y con la de una insólita carta de Sánchez Ferlosio, invocando sorprendentemente la taurofobia de Isabel la Católica.

La cuestión, desde luego, merecería una reflexión atenta. Yo desde aquí la propongo, y lo hago sugiriendo se vertebre en torno a las posibles respuestas a una única pregunta: ¿qué explica el interés destructivo mantenido seculamente hacia ciertas manifestaciones de la cultura popular por parte de unas determinadas concepciones del poder del Estado, y, más modernamente, por parte de un determinado proyecto de organización socioeconómica de signo francamente capitalista? Dejo en manos de la inteligencia de cada cual la resolución del enigma y la actitud moral y vital consecuente.

Yo, por mi parte, quiero enviar un saludo a los sorianos y expresarles mi simpatía y mi solidaridad en su lucha contra la aculturización y en la defensa de su identidad.— **Manuel Delgado.** Barcelona.

Ciencia y filosofía

Contesto con la mayor brevedad posible a la carta al director del profesor Luis Martín Santos aparecida el 25 de junio, en la que se refiere a un artículo mío publicado en EL PAIS el 31 de mayo. Agradezco el interés y la amabilidad hacia mí que muestra esta carta y deseo hacer el esbozo de algunas aclaraciones que se me piden en ella.

Deseo puntualizar que no me siento un científico doblado de humanista o de filósofo. Mi artículo *La introspección como tarea científica* es el de un hombre de ciencia que alude a sus problemas, que, ciertamente, han ido surgiendo de trabajo previo en el que el conocimiento que se va adquiriendo se organiza en método para conseguir nuevo conocimiento. De hecho, estamos ante el problema de entender en términos concretos cómo surge la unidad animal de la actividad coordinada de su soma (y ello, en la filogénesis del primer animal, en la ontogénesis de todo animal y en cada instante de la vida animal); este es uno de mis problemas concretos, que exige comprender, a su vez, como ser vivo a la célula en general, y en particular a la neurona.

Así, pues, en mi planteamiento no hay dualismo entre lo psíquico y lo biológico, sino el problema del proceso dinámico entre los seres vivos de dos niveles de integración: celular y animal. Sobre datos experimentales propios y ajenos estamos estudiando el origen y naturaleza del campo físico en que radica la unidad animal. Al publicarse el resultado del trabajo de bastantes años quedará patente el desarrollo de nuestro método científico. Por otra parte, pienso que un conocimiento físico de la *psique* animal, en general, puede contribuir a entender mejor la *psique* animal, propia del hombre, en su funcionamiento, sobre la base somática que le proporciona el lenguaje.— **Faustino Cordón.** Madrid.

No es Pablo Ortega

Pablo Ortega es otro y va a otras cenas. Que lo más grave no es que en los cócteles no me conozca nadie; lo peor es que alguien piense que yo soy ese señor que, según EL PAIS del 22 de junio, envió un médico para decir que estaba malo, pero que estaba tan de acuerdo con lo de constituir las Juntas Españolas que patrocina *El Alcázar* que él mismo se iba a encargar de ello.

En la cena que se dio en homenaje a la Prensa por su actuación en lo del 23-F fue precisamente Juan Luis Cebrián quien me dijo que le había llamado la atención la coincidencia de mi nombre y apellido con los de un señor de cuyo deambular por el mundo yo no había tenido hasta entonces el menor barrunto. Después supe que en la Feria del Libro algún conocido mío había ido a un puesto pensando que el autor que según los altavoces firmaba ejemplares allí era yo, y se había encontrado con alguien que no se me parecía en nada y cuyos libros eran muy distintos de los que yo firmo.

Aún no he tenido la ocasión de conocer personalmente a don Pablo Ortega, que, por lo visto, escribe en *El Alcázar*. Yo, todo mi afán es escribir el EL PAIS, y, como los artículos, por lo que sea, no me los publican, tal vez con demasiada frecuencia escribo cartas. A don Pablo Ortega le deseo que lo suyo no sea nada.— **Juan Pablo Ortega.** Madrid.

Fe de errores

Enrique Tierno, alcalde de Madrid, fue elegido el sábado presidente, y no secretario, de la nueva organización de los municipios de la provincia como se afirmaba en la información titulada *Tierno, elegido secretario general de la Federación Madrileña de Municipios*, publicada ayer, 30 de junio, en la página 31.

La Audiencia Provincial de Pontevedra y el Tribunal Supremo condenaron en 1983 a los desnudistas de la playa de Barra (Moaña) a seis años y un día de inhabilitación profesional y a una multa de 20.000 pesetas que en el caso de un menor ascendió a 50.000 pesetas, y no a un mes y un día de prisión y a un año de inhabilitación profesional como se decía bajo el epígrafe *Tribunales* en las páginas de *Sociedad* el pasado 24 de junio.